compañeros, el acordeonista, cuyo nombre no merece recordarse, vio cabecear a nuestro amigo el Chato, entonces, viendo que el puño del Chato mantenia con vacilante firmeza en e estribo al tambaleante contrabajo, le empezó a gritar sugestivamente: "Suéltalo, Chato, yo te lo llevo" —repetidas vecesel canalla.

El Chato escuchó en los trasmallos del sueño: "Sue talo". —Casualmente, él soñaba que un grumete le pedía el instrumento para enarbolar el pendón—.

Como suele pasar en los accidentes, el aparato cayó es trepitosamente . . . Al desbaratarse, se soltó del cuerpo, porque depuso los tamales de la fiesta. El morro y el garfio terminaría sus días en el camellón de la calzada Madero.

El instrumento se achicó. El Chato aprendió a tocar le viola. Vinieron más caídas y embates . . . Y de aquel robust contrabajo quedó un frágil y diminuto violín que ronca en se pecho cuando duerme.

LA MORERA (un campo de batalla)

Monterrey era en 1952 una ciudad de intensa vida comercial e industrial. . . Basta comprender que tenía más de 300 empresas millonarias que operaban con más de un millón de capital. Por esta razón empezaba a sobrepoblarse los alrededores de las grandes fábricas. La ciudad creció con la fuerza y los anhelos de los estados vecinos —con su gente— que pobló las colonias y los suburbios y se integró al progreso.

El censo del 50 había arrojado la alarmante cifra de 340,625 almas. Para nuestros padres y abuelos, éste era un dato escandaloso si comparamos el censo de 1930 que sumó: 137,388 personas. "Al rato —decían los abuelos— tendremos que atrancar las puertas". La colonia Acero tenía cuatro manzanas, cada una con su respectiva pandilla, que jugaban y peleaban para mantenerse a tono con el clima competitivo de la ciudad; pero que no impedía que sus briosos jóvenes mostrencos corrieran, con su imaginación, por las praderas de un paraíso tantas veces recreado.

La fundidora tenía una dieta obligada de vástagos que ya a los 15 años podían probar sus fuerzas y el espíritu de camaradería en los vastos talleres y continuarlos en las canchas.

Las cuatro pandillas se entretenían con pleitos de cerbatanas, catapultas, latigazos, huleras, globos de agua, amén de otros líquidos, tampoco podían faltar el terrible pica-pica, que aplicado en la espalda y frotado, hacía estragos formidables. La flor del álamo, "el pica-pica", es un bulbo compacto de pelillos que se desprenden fácilmente, y que al contacto con la piel y el sudor ejercen una irritante comezón que obliga a quitarse la camisa; no obstante, persiste la rasquiña.

Frente a la colonia Acero había una arboleda, conocida como la "Morera" —por el predominio de estos árboles— cuyo fruto era ideal para manchar la ropa. Era un sitio neutral para las guerras intestinas o para el choque entre pandillas de la Madero contra la del Acero.

Por atavismo o por hacinamiento, el espíritu belicoso se funde en la actividad lúdica en un ritual que trasciende al mocoso incircunciso en honorable miembro de la pandilla . . . ¿Qué podía pasar más allá de un chipote; un ojo morado, o unas costillas golpeadas?.

Las pandillas se iban reforzando y entraban en alianzas para frenar las desmedidas pretensiones de algunas y mantener a salvo el principio de territorialidad.

Las mejores cepas probaban sus puños y su puntería, tanto como sus piernas, después de una retirada forzosa, a

campo atraviesa, bajo una lluvia de moras, pica-pica, piedras y denuestos.

Hasta que Mace asumió el mando de las pandillas, frenó las hordas y acabó con el inútil desgaste del vandalismo, desmanteló las bandas, formó equipo de beisbol y de esta selección sacó a los "Bravos" de la colonia Acero. Don Desiderio daría el patrocinio a este nuevo equipo. iHabría uniformes!.

La toma de medidas —como siempre— fue a últimas fechas. Casi todos habían reído de aquel sastre frescachón que se esmeraba en la medida del encuarte con meticuloso empeño y celo profesional.

El juego inaugural fue todo un espectáculo con el pitcheo del Charro y un cuadro impecable, con bateo oportuno, los Bravos bloquearon a la novena de la colonia del Vidrio.

Los uniformes causaron una impresión gratísima, el cuadro jugó con la moral muy alta. Algunos duraron sin quitarse el uniforme, dos o tres días después del juego. Hasta que Mace los obligó a quitárselos para que fueran lavados y estuvieran en forma para el próximo juego con la "Madero", nuestro eterno rival y aguerridos contrarios.

Por fuentes muy allegadas, la Madero se estaba reforzando y traerían una porra beligerante de selectos peleoneros de colonias aledañas, además preparaban un asalto después del juego por la parte norte y poniente del parque Acero.

Mace estudiaba las estrategias del juego con el equipo y continuaría atendiendo los dispositivos de seguridad y defensa con los principales subalternos de la pandilla.

El juego era crucial; pero la defensa y el ataque ivitales por necesidad!.

Una estrecha participación solidaria movilizó a una facción de menores voluntarios con Genaro y Jaime a la cabeza que se encargarían de la recolección del Pica-Pica y lo lanzarían desde los árboles a los cuellos de los seguidores y fanáticos contrarios, o bien, pasarían por detrás de ellos y desmenuzarían las maravillosas bolas de pelillos picantes, cuando estuvieran sentados en las graderías del parque.

Jaime y Genaro, los chicos más precoces de la colonia, habían recolectado también, una dotación de cigarros y bachas para atender las demandas de tantos aprendices de chimeneas.

El Korea y los cuates Beto y Fito vigilarían el asalto al frente y el poniente, por fortuna cercados con malla y púas, lo que representaría un excelente blanco para Poncho, el Korea, con su proverbial puntería y la de los Lanceros de la Cuarta (primera manzana de la Acero). El Chato llevaría a la "Muñeca", perra entrenada —antimotines—, que no permitía que agarraran al Chato y sus amigos.

El Charro y el Zurdo Meme eran nuestros pitcheres estrellas. iNo podíamos perder!. Sólo una cadena de errores podía hacer perder a los Bravos. Le tocaría abrir al Zurdo. Toda la semana anduvo sobreprotegido por el Mace.

Cuando llegó el momento del gran encuentro, el parque se fue llenando con visitantes y fanáticos. Genaro y Jaime no se daban abasto con los lanzamientos de Pica-Pica.

El equipo de los Bravos hizo su arribo a la cancha. Todos lucían unas sudaderas encogidas y deformadas que movió a risas entre los mismos y fueron un magnífico blanco para los de la porra contraria: "Ahí viene Sanforizado" —gritaban—. Lo barato sale caro —dijo el Chato—.

Si bajaban las camisetas a la cintura se les levantaba por detrás hasta la nuca.

-Ni modo -dijo Mace- parecen baberos. iA ganar mis bravos!, ifuera complejos!.

Finalmente el juego se ganó en un mano a mano de pitcheo. El Zurdo blanqueó a la Madero. Los Bravos sacaron una carrera en la última entrada con hits de Evodio, de Meyo y del Charro, y se acabó el juego.

El equipo de la Madero y su porra, al no ver los refuerzos, salió escurridiza, cabizbaja y mascullando la dura derrota. Salió descamisada, con las uñas marcadas en la espalda. Algunos visitantes preguntaban por dos chamacos que les habían echado espinas u ortiga. Estaban sin camisas y los acompañaba un guardia de seguridad. Nadie de la colonia conocía a esos niños. Leónides aseguró que eran de la Madero. Más tarde bajaron del techo de la Recreativa Acero, a salvo, el par de chiquillos traviesos con una sonrisa de oreja a oreja.

PETER ROCK

to set En to lot prenet del pair se liena haste les bendents

and the second second of the s

who over him are policially a product in the deadle standed and the second and th

El mejor paradigma de la lucha entre el bien y el mal es la lucha libre, principalmente la lucha mexicana; que reúne circo, maroma y teatro, para transformar en pandemonium las arenas y coliseos de todo México.

Si bien hay luchas técnicas, eminentemente limpias, en la mayoría de las arenas predomina el pancrasio (porque se vale todo, incluso llorar).

Este espectáculo, consentido principalmente por los niños, se convierte en un tribunal . . . El público es juez y jurado de una atávica sed de justicia. Para ello debe haber: sangre, sudor y lágrimas entre las dos fuerzas motoras del árbol de la vida.

Los luchadores limpios y rudos representan el bien y el mal. El público, complacido, se irrita o se deleita de la personificación y se proyecta o transfiere los poderes de los modelos paternos para idealizarlos en el limbo del inconsciente o bien, satisface sus fantasías y se redime de la represión y la paranoia.

No es fácil escapar a este influjo subyugante, cuyos resortes son los mismos instintos y constituyen la líbido y aseguran el principio de la vida frente al inevitable principio de la muerte: Eros y Tanatos, según Freud, los dos antagonistas fundamentales de la historia de la humanidad.

En todas las arenas del país se llena hasta las banderas. Nuevos sitios surgen en las barriadas principales para dar cauce a la afición y al talento.

La Arena Colfim tenía encuentros de lucha los sábados, con las figuras rutilantes que hacían los méritos en la antesala de las grandes arenas.

Muchos de la colonia nos aventurábamos por aquellos lares, en la Colfim (Colonia Francisco I. Madero), a sabiendas que la rivalidad estaba siempre latente, máxime después de una cruenta lucha que podría hacer temerario al débil, con mayor razón a los valientes y bragados . . . iqué importaba! también había muchos amigos entre las dos colonias.

Un blanco luchador enmascarado —aparentemente de la Unión Americana— estaba llamando mucho la atención, por su espectacular rudeza y porque se metía con el público, el atleta era Peter Rock, un fortachón villano del ring que traía de ayudante a un exótico, The Happy Yordis que atendía y cuidaba de que el público no se acercara a Peter sin antes recibir una desinfectada de D.D.T. y otra de perfume para equilibrar los pesados humores acres, tal vez, acciones ambas para encender los ánimos de los espectadores.

Cesáreo, Leonel y el Chato, junto con otros jóvenes, se abalanzaron para los autógrafos.

"Tú, chamaco, cómo llamar", decia Peter, o bien, "Pronto mocoso".

Mientras los muchachos daban sus nombres, el ayudante desinfectaba o perfumaba según el caso.

El Chato quiso jugar y amagó a Peter; pero éste le aplicó un látigo, luego una yegua voladora. El Chato parecía desma-yado. Peter le aplicó un candado y un piquete de ojos. Peter exclamaba . . . "sssua" en cada piquete. Al tercer picotazo exclamó: Zuazua-Nuevo León. El Chato salió a gatas. El público bramaba indignado. En eso llegó el luchador limpio El Delfín.

El monstruo de mil ojos, el público, se le entregó sin reservas, a la vez que abucheaba a Peter. Este tomó el rociador del D.D.T. y fumigó los cuatro costados del cuadrilátero y aprovechó para aplicarle una dosis al Delfín y luego romperle en la cabeza el rociador y despacharlo súpito con un tope suicida.

El público estaba sediento de justicia. Peter salió por piernas; pero su ayudante fue herido en la reyerta.

Peter consiguió llenos absolutos, sin embargo, no pudo seguir manteniendo oculta su identidad, porque Leonel descubrió la relación (Rock-Peña) y (Peter-Pedro) hijo de una de las más queridas familias de la colonia.

Peter tuvo que dejar pasar un tiempo y pensar en otro nombre, en otro personaje que volcara de expectación al público, siempre ávido por lo original y espectacular de los gladiadores.

UN VIAJE A LA CAPITAL

ns treat and add beard tener affile sus serepasados, sigue militar.

en los momentos que la industria y los estudios del Cine Nacio

tidiation can throughous who day established inscreaming singleton

and after the queneries deben are nombres, at ayudante

Hay quienes sembrarían un arbotante, copiarían un libro y procrearían un hijo natural, sólo para contravenir a la naturaleza y a esa máxima ecologista: "Siembre un árbol..." para malquistarse con el género humano y negarle un peldaño al futuro de la existencia.

En la colonia había algunos licenciados en Tiempo Libre, que habían cursado en la Universidad de la Vida y habían obtenido los lauros de excelencia en sus particulares especialidades, para luego desplazarse por las calles de Dios, como auténticos bedeles.

El Negro, León y Chacho eran respectivamente, actor de carácter; filósofo y músico, se habían distinguido como maestros del ocio y la disipación. Buscaban una plaza de actor en el

teatro del mundo, que los sacara de los hornos de la Fundidora, en los momentos que la industria y los estudios del Cine Nacional estaban saturados de villanos. Así que sus papeles tuvieron que salir del celuloide y las tablas para lanzarse a la realidad misma.

La formación académica del Negro había sido metebrica, después de una rápida incursión por las aulas, continuó por correspondencia los estudios de: Arte dramático, Pintura, Prestidigitación, Hipnotismo. Todas estas disciplinas le sirvieros para consolidarse en la actuación escénica... en las arriesgada presentaciones de Inspector, Actuario y demás comisiones de oficinas arancelarias, por los diversos rumbos de la ciudad, con escasas representaciones para no ser sorprendido "in fraganti".

León debió tener entre sus antepasados, algún milital porque a él le gustaba sitiar la plaza y adueñarse de las guarni ciones y despatarrarse en las bancas, mirando con sorna a la transeúntes.

Parecía el dueño de la colonia. Sólo trabajaba alguno días festivos al año. En ocasiones acompañaba al Negro a la diligencias como ayudante o actuario, investido de autoridad gracias a la réplica de credenciales confeccionadas por el Negro

León ocupaba su tiempo libre en la meditación tras cendental, especialmente el tema de la inmortalidad, entonca quedaba absorto, suspendido en un punto del horizonte, a cloqueo de su respiración se volvía anhelante, el aire se le el golfaba en la nariz y unas venas perezosas aparecían en su sienes, reveladoras de un agotante trabajo intelectual, luego s secaba el sudor y suspendía por ese día toda labor de análista.

León odiaba el trabajo y evitaba toda fatiga, porqui desde muy niño oyó o creyó oír que él estaba picado de

pulmón, frase demasiado estrujante para un artista hipocon- dríaco.

Chacho era un incipiente baterista que había abandonado los estudios por seguir el sedicioso sonido de las tumbas, el bongó y los platillos. Cubrió sus brazos de orlas de vivos colores, y para la pachanga le rezumbaba el güiro.

Chacho se ocupaba los sábados de hacer las cobranzas y recoger los abonos. Pronto encontró fácil la existencia al descubrir una bolsa secreta para sus ilusiones y menesteres.

La temporada del Negro fue corta. Su actuación en el pequeño comercio se terminó con la primera batida a los falsos inspectores, salvandose gracias a su versatilidad y sangre fría, porque el agente que lo interceptó cayó en un trance de hipnosis o víctima de la adulación les perdonó esas travesuras.

El Negro sintió el llamado del arte y se entregó a la conquista de la plástica y la pintura. Después de todo, el arte convertido en mercancía, es un campo ideal para la estafa, —pensó maliciosamente—.

León fue indemnizado con algunas credenciales, confeccionadas por su maestro: de inspector de panteones, de agente sanitario y de espectáculos. El día de los muertos, tenía un quehacer sencillo, recogía coronas y ofrendas florales y las vendía a otros piadosos deudos y visitantes. Vendía lápidas, epitafios, floreros y daba mantenimiento a los sepulcros.

Un sábado, después de hacer las cobranzas, Chacho se pasó a un salón de baile para tocar un rato y divertirse luego. En ese mismo lugar estaba el Negro, disfrutando de las policromías del lugar, y exclamaba: "Si vivieran Manet y Toulouse, al menos Chagall"... Bebía calmado, hacía rendir el dinero de su

último cuadro. Cuando avistó a Chacho, se acercó y notó que traía las tarjetas de abonos, sucias y embotadas de las esquinas, amarradas con una liga seguramente. Pensó: El Chacho anda bien rayado, se vino con todo y hebra. Este asunto se va a poner interesante... Y se sentó al lado del músico para empezar a trabajar su poderosa capacidad de sugestión.

No había pasado mucho tiempo, cuando llegó León, andaba probando su credencial de sanidad. Al cabo de una hora, el Negro los había convencido, se irían esa misma noche a la Capital . . . Su imaginación chocaba en las marquesinas, buscando sus anhelados nombres.

En México se dieron a la tarea de conseguir una plaza como artistas, luego como extras, tal vez doblarían artistas; pero fue en vano...

Arturo de Córdova, Miguel Inclán y Víctor Parra no necesitaban dobles.

Chacho, por esta vez, patrocinaba la empresa. El dinero de aquella cobranza duró sólo diez días. La dieta baja en caloriás, el clima, la altura de la ciudad y la diferencia de sus personalidades aumentaron la nostalgia y precipitaron el regreso. Cuando llegaron a Monterrey tenían más de 48 horas sin hablarse. En el camino, León se había entregado a sus meditaciones, el Negro venía hablando solo y Chacho gimoteaba arrepentido, presintiendo quizá la inevitable cueriza. Al llegar a la estación se separaron como ilustres desconocidos.

CHANO, EL NIÑO SOLITARIO

Los niños inquietos son ignorados promotores de ventas de analgésicos y contribuyen favorablemente, en la prematura calvicie y el encanecimiento. Estos rapaces ponen a prueba la paciencia franciscana del educador; el control mental de un psiquiatra; y desbordan con más éxito la vida familiar, que sus atribulados padres.

Algunos maestros, al borde del delirio, desearían atornillarlos en sus pupitres, ponerles cabestrillos a los brazos, enyesarles las piernas y colocarles unas anteojeras que enfoquen permanentemente al pizarrón y, si fuera posible, amordazarlos o, simplemente, uncirlos al yugo del banquillo.

El niño disléxico también es inquieto; pero su febril nerviosismo lo empuja a evadirse de la realidad apremiante y hostil de sus depredadores y del asedio fluctuante de nombre y significados que pueblan el desencantado universo del les guaje y sus códigos, que se trastocan en el caleidoscopio de se visión del mundo.

La dislexia es un trastorno del lenguaje que consiste el la suplantación, cambio de lugar u omisión involuntaria de le tras, sílabas, palabras en la escritura o la lectura. Su origen diverso, al que concurren varias causas, constituye un síndrome

Hasta hace poco tiempo, la dislexia ha sido reconocide como una patología del lenguaje, anteriormente se le consider como un desorden afectivo, al que confluían: el abandono, la sobreprotección o el maltrato, como agentes traumáticos.

Los maestros corregían por igual el desmán, el desinteré y el lento aprendizaje: a reglazos y tareas redobladas.

El maestro tenía en la "regla", un auxiliar didáctico de primer orden, un instrumento de medición geométrica y mate mática que servía también para observar el orden... El maestro corregía impasible al travieso, al apático y al bobalicón con notable serenidad, amén de coscorrones, estirones de cabellos y una que otra estrellada en el pizarrón, y por supuesto, una tarea extra y exhaustiva... El maestro enderezaba a tuertos y jorobados, y las más de las veces los alineaba al surco del orden y el saber.

A estos pilares del saber les era permitido utilizar la medidas disciplinarias que creyeran más efectivas: los asistía la confianza y anuencia de los padres y el apoyo irrestricto de la dirección.

Chano era disléxico y un prospecto repetidor de año. Lejos de recibir alguna ayuda, lo castigaban y le encargaban más tareas, animándolo con los epritetos más triviales: burro, zoquete, cretino, piedra azul, mazorca, maceta, camote, cabeza de alcornoque, de chorlito, tonto de capirote, botarate, papanatas, matalote, chambón, zonzo, baboso, o bien, menso. Chano las escuchaba a diario en su casa, en la escuela y en el barrio.

Chano se hundra triste en un llanto sordo y glacial del abismo autista. El niño odiaba leer y escribir en medio de las risas burlonas y soportar siempre el castigo injusto. Chano amaba la soledad del campo y la solitaria compañía de sus juegos.

Ls visita del inspector estaba próxima: los objetivos de los programas serían revisados. La maestra haría los reconocimientos de rigor. Todos los maestros y alumnos se verían apremiados por la magna visita del censor.

Ese día el repaso se detuvo en Chano. Tendría que hacer las sumas y restas sin contar con los dedos. Chano utilizaba bolas o ceros en el pizarrón para hacer sus operaciones. El grupo reía del rudimentario método. La maestra iba perdiendo la paciencia. No había remedio tenía que dejar a Chano después de clases y enseñarlo de nuevo a sumar y restar. Cuando pasaron a la lectura, Chano temía leer, su lectura era rápida e ininteligible o farfallosa. La maestra estaba visiblemente descompuesta, hizo una pausa para tomar un mejoral americano, mientras bebía el agua, su respiración agitada empaño el vaso y los cristales de sus lentes. La maestra pasó a la clase de ciencias naturales, sacó unas ilustraciones de insectos y señalándole con la regla una mariposa Monarca, le preguntó a Chano:

-¿Cómo les decimos a estos lepidópteros?.

-Palomía - había contestado rápido, Chano.

Hubo risas tímidas y medrosas, sus compañeros no querían perder ningún detalle. La maestra cimbró el escritorio con tres reglazos y súbitamente se hizo el silencio . . . se dirigió a Chano y señaló la pālabra "mariposa".